



## ¿Qué Futuro para una Sociedad Multicultural, Multiétnica y Multireligiosa?

Chiara Lubich – Londres - 19 / 06 / 2004

Señoras y señores,  
hermanos y hermanas,  
queridos amigos:

Visito una vez más Gran Bretaña con particular alegría, entre otras cosas porque – y quiero mencionarlo al comienzo de nuestro encuentro - no puedo olvidar, para gloria de Dios y alegría de cuantos estuvieron presentes, lo que sucedió justamente aquí en Londres, con ocasión de mi última visita, en noviembre de 1996.

Desde hacía algunas décadas nuestro Movimiento se había difundido en Gran Bretaña y muchos cristianos de varias Iglesias habían hecho propia su espiritualidad.

Un día, encontrándome frente a 1200 personas de toda la comunidad inglesa e irlandesa de este pueblo nuevo nacido del Evangelio, el Movimiento de los Focolares, advertí un hecho nuevo. A pesar de no haber alcanzado aún la plena comunión entre las Iglesias cristianas, nuestra común espiritualidad, en cierto modo, había realizado un milagro: nosotros éramos ya una porción de cristiandad viva, un solo corazón y una sola alma. El bautismo común y nuestro amor recíproco habían hecho posible que Jesús estuviera espiritualmente presente entre nosotros. ¿No dijo Él acaso: *"Dónde dos o tres están reunidos en mi nombre yo estoy en medio de ellos?" (Mt 18,20)*

Y esta impresión fue tan fuerte, que me sentí empujada a decir a un focolarino y a una focolarina anglicanos, sentados junto a mí, como san Pablo: *"¿Quién nos separará del amor de Cristo?" (Rm 8,35)*. "Nadie podrá separarnos" porque es Cristo quien nos une.

Ése fue el momento en el que hemos tomado conciencia de la específica contribución que nuestro Movimiento podía dar a la causa del ecumenismo: hacer nacer y difundir en todas partes un nuevo diálogo, el "diálogo del pueblo", diálogo que nace del vivir juntos la "espiritualidad de la unidad" que, entre otras cosas, hace valorar todo el peso del patrimonio que tenemos en común: además del bautismo, el Antiguo y el Nuevo Testamento, el Credo, los primeros Concilios, los Padres de la Iglesia...

Después de aquel memorable encuentro en Londres, este diálogo del pueblo se ha ido abriendo paso y también ha sido reconocido, estimado e invocado, por ej. en la Asamblea ecuménica de Graz como una contribución necesaria al restablecimiento de la plena comunión entre las Iglesias cristianas.



Y ahora pasemos al tema de esta jornada: "¿Qué futuro para una sociedad multicultural, multiétnica, multireligiosa?"

En estos últimos años, nuestras sociedades europeas son atravesadas por importantes corrientes migratorias, de Este a Oeste y de Sur a Norte. Este fenómeno está incidiendo intensamente en la fisonomía de nuestro continente, haciendo que sus ciudades sean cada vez más heterogéneas. Uno se da cuenta caminando por las calles, se lo nota, por ej. en el florecer de las mezquitas y de muchos templos en Países que hasta hace poco eran casi exclusivamente de religión cristiana.

Al mismo tiempo los modernos medios de comunicación nos acercan a otras personas y pueblos materialmente lejanos; tanto es así que, por ejemplo, en las elecciones personales de un joven occidental puede tener un peso decisivo lo que sucede en Asia o en África. Ya nadie nos resulta extraño, porque lo "vemos", porque sabemos de él.

Además, la globalización económica y financiera ha entrelazado todos nuestros intereses, que ya no están separados entre ellos. Muchos problemas actuales conciernen a la humanidad en su conjunto y ningún pueblo puede afrontarlos separadamente de los otros. Vivimos pues en un mundo que de veras se ha vuelto, como se dice, una "aldea global": una aldea compleja y nueva.

Ésta es una situación que nos pone delante de posibilidades de conocimientos y desarrollo inesperados, aunque no falten temores, desconfianzas y escepticismo, sobre todo por el peligro siempre inminente del terrorismo.

En una situación con algunas características semejantes a la nuestra se encontró un gran santo y doctor de la Iglesia: Agustín de Ipona que, frente al derrumbe del imperio romano bajo la presión de las migraciones de los pueblos del Norte y del Este, tuvo la gracia y la previsión de ayudar a la conciencia cristiana a entender que la conmoción de la civilización, que se estaba manifestando a la vista de todos sus contemporáneos, no era el fin del su mundo sino el nacimiento de un mundo nuevo.

Su visión le venía de la fe y de la convicción de que Dios no está ausente de la historia. El amor de Dios, en efecto, es tal, que sabe hacer confluir cada cosa al bien. Lo dice el mismo san Pablo: "*Todo concurre al bien de los que aman Dios*" (cf. *Rm 8,28*).

Y ahora -me parece- es la misma fe la que tiene que sostenernos y guiarnos en la situación actual.

Es la experiencia que ha hecho en estos últimos sesenta años una nueva realidad eclesial, el Movimiento de los Focolares, que tengo la alegría y el honor de servir, movimiento multicultural, multiétnico, multireligioso, difundido en todo el mundo (en 182 naciones). Me permito hablarles de él, porque puede iluminar y ser un estímulo para muchos.

---

<sup>1</sup> Cf sobre todo *La ciudad de Dios*, pero también los discursos en los que san Agustín habla de la caída de Roma, n. 81, 105, 296, 397.



Cuando nació nadie tenía proyectos en su mente, nadie tenía programas. La idea de esta obra estaba en Dios, el proyecto en el Cielo. Además, ni con las más optimistas previsiones nos hubiésemos imaginado nunca asistir a la edificación progresiva de este "pueblo", como ahora Juan Pablo II lo define.

El Movimiento reúne en una viva fraternidad a personas muy diferentes por lengua, raza, cultura, nación y también por fe, porque forman parte de él, además de cristianos de numerosas Iglesias, también seguidores de varias religiones y personas que no tienen una fe religiosa, pero que comparten con los demás los grandes valores humanos como la justicia, la solidaridad, la paz, los derechos humanos, etcétera.

Tuve una primera señal de todo ello en 1977 aquí en Londres, cuando en la Guild Hall recibí el premio Templeton por el progreso de la religión. No estaban presentes solamente personas de nuestro Movimiento, católicos o de otras Iglesias, sino también personas de otras religiones: judíos, musulmanes, budistas, hindúes, sikhs y otros. Yo había expuesto algo de mi experiencia cristiana, y cuando terminé de hablar me di cuenta de que los primeros que vinieron a saludarme con mucha alegría fueron justamente los fieles de otras religiones. Entonces comprendí que estaba llamada a amar y a servir también a estos nuevos hermanos.

El secreto de esta capacidad de unir a personas tan diferentes se encuentra en el espíritu evangélico, actual y moderno, que anima a nuestro Movimiento: una espiritualidad personal y colectiva al mismo tiempo. Una "espiritualidad de comunión" que genera un nuevo estilo de vida, y que no es monopolio de nuestro Movimiento porque, siendo el fruto de un carisma, es un regalo de Dios destinado por naturaleza a todos los que lo quieren recibir en el mundo.

¿Y qué es lo que enseña esta espiritualidad en lo que se refiere a la relación entre personas de razas, culturas y religiones diferentes? ¿qué actitud, realmente iluminada, sugiere para edificar entre todos la fraternidad?

Ante todo, para los que tienen la fe, presupone una profunda consideración de Dios por aquello que es: Amor, Padre. Porque, en efecto, ¿cómo se podría pensar la unidad y la fraternidad en la sociedad y en el mundo, sin la visión de toda la humanidad como una sola familia? ¿Y cómo considerarla tal sin la presencia de un Padre para todos?

Pide pues que se abra el corazón a Dios Padre, que ciertamente no abandona a sus hijos a su suerte, sino que los quiere acompañar, custodiar, ayudar. Sólo Él, que los ha creado, es capaz de abrazarlos a todos y unirlos.

Crear en Su amor es el primer imperativo de esta nueva espiritualidad, creer que somos amados personal e inmensamente por Dios. Porque Él conoce a cada uno en lo más íntimo y nos acompaña hasta en los más pequeños detalles. El



Evangelio dice que Él cuenta hasta los cabellos de nuestra cabeza (cf Lc 12,7), y el Corán, que "*Él está más cerca de nosotros que la vena yugular*"<sup>2</sup>. No dejará pues a la sola iniciativa de los hombres la renovación de la sociedad, sino que Él también se ocupará de ella.

Pero es obvio que no basta con creer en el amor de Dios y, como consecuencia, elegirlo teóricamente como ideal de la vida. La presencia y las atenciones de un Padre para todos exige que cada uno se demuestre hijo, que se ame al Padre; es decir, hacer realidad, día tras día, ese particular diseño de amor que Él ha pensado para cada uno. Y se sabe que la primera voluntad de un padre es que los hijos se traten como hermanos, se quieran, se amen.

Nuestra espiritualidad nos lleva pues a amar, a vivir el amor que pulsa en el fondo de cada corazón humano. Para los seguidores de Cristo se trata del ágape, que es una participación al amor mismo que está en Dios, y para quien sigue otras creencias religiosas es un amor que desciende de esa "regla de oro" que enriquece muchas religiones y dice: "*Haz a los demás lo que quisieras que te hicieran a ti*" (cf Lc 6,31), o, "*no hagas a los otros lo que no quisieras que te hicieran a ti*" (cf Tb 4,15).

Amor que, para las personas de otra cultura, sin una referencia religiosa, puede querer decir filantropía, solidaridad, no violencia.

Con respecto al modo de amar al prójimo, ya desde el principio de nuestro Movimiento el Espíritu Santo nos ha puesto en evidencia algunas cualidades que distinguen al amor sencillamente humano del amor evangélico.

Éste se dirige a todos: al simpático y al antipático, al lindo y al feo, al de mi patria y al extranjero, de mi cultura y de otra, de mi religión y de otra, amigo o enemigo, no importa. El Evangelio, en efecto, pide que seamos perfectos a imagen del Padre del cielo que manda sol y lluvia sobre los buenos y los malos, (cf Mt 5,45-48). Este amor hacia todos es muy fecundo. La experiencia de muchos dice que bastaría con vivir esta sola cualidad del amor evangélico para provocar un cambio total de la sociedad en que se vive.

Es un amor que además empuja a ser los primeros en amar, siempre, sin esperar ser amados: como ha hecho Jesús, que cuando todavía éramos pecadores y por lo tanto no amábamos, ha dado la vida por nosotros.

Y es un amor que considera al otro como a sí mismo, que ve en el prójimo otro sí mismo. Gandhi decía: "*Tú y yo somos una cosa sola. No puedo hacerte daño sin herirme.*"<sup>3</sup>

Este amor, por otra parte, no está hecho sólo de palabras o de sentimientos, es concreto. Exige que nos hagamos uno con los otros, que "se viva" en cierto

---

<sup>2</sup> Alcorán, 50,16.

<sup>3</sup> Cf. W. Mühs, *Palabras del corazón*, Milán 1996, p.82.



modo "el otro" en sus sufrimientos, en sus alegrías, para entenderlo, para poder servirlo y ayudarlo concreta, eficazmente.

Se trata de llorar con quien llora y alegrarse con quien está en la alegría. Hacerse uno. Es la actitud que ha guiado al apóstol Pablo, quien escribe que se hizo judío con los judíos, griego con los griegos, todo a todos (*cf 1 Cor 9, 19-22*). Y es muy importante para nosotros seguir su ejemplo de modo de poder establecer con todos un diálogo auténtico y fraterno.

Sí: diálogo. Palabra que hoy es de gran actualidad. Diálogo que quiere decir encontrarse entre personas incluso de ideas diferentes, y hablar con tranquilidad y sincero amor hacia el propio interlocutor, para tratar de encontrar algún acuerdo que aclare las incomprensiones, que aplaque las contiendas, las luchas, y que anule el odio, que muchas veces existe. Este diálogo, sobre todo entre fieles de religiones diferentes, es necesario e imprescindible hoy más que nunca, si se quiere prevenir los graves males que amenazan a nuestras sociedades.

Alguien ha escrito: *"Conocer la religión del otro implica entrar en la piel del otro, ver el mundo como él lo ve, penetrar en el sentido que tiene para él ser budista, musulmán, hindú..."*<sup>4</sup> Esto no es algo simple de hacer, exige el vacío completo de nosotros, nos pide que quitemos de nuestra mente las ideas, del corazón los afectos, de la voluntad cada cosa para hacernos uno con el otro.

Se trata de desplazar momentáneamente incluso lo más hermoso y lo más grande que poseemos: nuestra misma fe, nuestras mismas convicciones, para ser frente al otro "nada", "nada de amor." Así nos ponemos en la posición de aprender, porque realmente siempre se tiene que aprender.

Si estamos animados por un amor semejante, el otro puede manifestarse, porque encuentra en nosotros alguien que lo recibe, puede donarse, porque encuentra en nosotros alguien que lo escucha. Entonces podemos conocer su fe, su cultura, su lenguaje. Entramos en su mundo, nos inculturamos de algún modo con él y quedamos enriquecidos. Y con esta actitud contribuimos a hacer que nuestras sociedades multiculturales se conviertan en interculturales, es decir compuestas por culturas abiertas las unas a las otras y en profundo diálogo de amor entre ellas.

Nuestra completa apertura y acogida predispone al otro a escucharnos. Hemos notado, en efecto, que cuando alguien muere a sí mismo para hacerse uno con los demás, éstos quedan impresionados y a menudo piden explicaciones.

Podemos pasar así a lo que el Papa llama el "respetuoso anuncio."  
"Respetuoso": es la palabra clave de cada diálogo. Por lealtad delante de Dios, por lealtad hacia nosotros mismos, y también por sinceridad delante del prójimo, exponemos entonces lo que afirma nuestra fe sobre el argumento del cual se habla, sin con eso imponer nada al otro, sin sombra de proselitismo, sólo por amor.

---

4

F. WHALING, *Christian Theology and World Religions: A Global Approach*, London 1986, pp. 130-131.



Pero, por el Espíritu Santo que está siempre presente cuando se ama, los hermanos, mientras nosotros hablamos, advierten que en su corazón se despierta algo "vivo" en el sentido sobrenatural: son las "semillas del Verbo" que el amor de Dios ha depositado en cada religión.

O bien, mientras hablamos, los hermanos saben captar alguna expresión de esos valores sencillamente humanos que Dios, creándonos, ha depositado en cada alma y en cada cultura.

Y apoyándonos sobre estas semillas o sobre estos valores - siempre sirviendo - podemos ofrecer con dulzura e ilimitada discreción esos aspectos de la verdad que llevamos en nosotros y que pueden dar mayor plenitud e integridad a lo que el prójimo ya cree. De este modo, él primero nos ha dado a nosotros y nosotros ahora hacemos lo mismo. Y en el clima de comunión que este intercambio de dones genera, la verdad poco a poco se revela y nos sentimos fraternizados por ella.

Hemos hecho muchas experiencias de este diálogo fecundo con personas de las más diversas culturas y con grupos también numerosos de seguidores de otras religiones, los cuales, justamente por la práctica de hacernos uno y la amistad que ha nacido, son considerados por nosotros "Movimientos simpatizantes". Con ellos hemos construido porciones de fraternidad consistentes, como con la Rishso Kosei-kai, de seis millones de miembros, o con el movimiento musulmán de la Sociedad americana de los musulmanes de dos millones, y otros.

La fraternidad verdadera, real, deseada es, en efecto, el fruto de ese amor capaz de hacerse diálogo, relación, de ese amor que, lejos del cerrarse orgullosamente en el propio recinto, sabe abrirse a los demás y colaborar con todas las personas de buena voluntad para construir juntos la paz y la unidad en el mundo.

Sí, la paz.

Pero, las religiones, incluso en su conjunto, ¿pueden acompañar el proceso de la paz?

Como todos nos damos cuenta, esta es una pregunta muy importante y de gran actualidad.

En el terrorismo que se extiende, en las guerras que estallan en muchas partes del mundo para hacerle frente, en la permanente tensión en Medio Oriente, muchos ven los síntomas de un posible enfrentamiento entre civilizaciones, que estaría determinado e incluso agudizado por las distintas pertenencias religiosas. Sin embargo esta visión, provocada por extremismos y fanatismos de distinto tipo que distorsionan las religiones, resulta muy parcial frente a una lectura más atenta de los hechos.

En efecto, nunca como en este momento los creyentes y responsables de todas las religiones han sentido el deber de trabajar juntos por el bien común de la humanidad. Organizaciones como la Conferencia Mundial de las Religiones por la Paz, o iniciativas como la jornada de oración por la Paz, promovida por Juan Pablo II en Asís, en enero del 2002, lo confirman.



En aquella ocasión el Papa había reafirmado en nombre de todos los presentes, que *“quien utiliza la religión para fomentar la violencia contradice la inspiración más auténtica y profunda”*, y que *“no existe ninguna finalidad religiosa que pueda justificar la práctica de la violencia del hombre sobre el hombre”*, porque *“ofender al hombre es, en definitiva, ofender a Dios”*<sup>5</sup>.

El 11 de setiembre del 2001 la humanidad ha descubierto, desconcertada, la naturaleza de este gran, enorme peligro que es el terrorismo. No es una guerra como las otras, porque éstas - y tenemos alrededor de 120 en el planeta - en general, son fruto del odio, del descontento, de las rivalidades, de intereses personales o colectivos. El terrorismo en cambio, como afirmó el Papa, también es fruto de las fuerzas del Mal con la M mayúscula, de las Tinieblas.

Y bien: fuerzas de este tipo no se combaten solamente con medios humanos, diplomáticos, políticos y militares. Se necesitan fuerzas del Bien, con la B mayúscula. Y el Bien con la B mayúscula, como sabemos, es Dios y todo lo que tiene sus raíces en Él. Se puede combatir por tanto con fuerzas espirituales, con la oración, por ejemplo, con el ayuno, como hicieron los representantes de las religiones del mundo en la ciudad de san Francisco.

Pero creo que debemos decir que la oración no es suficiente.

Sabemos que las causas del terrorismo son muchas, pero una, la más profunda, es el insostenible malestar frente a un mundo que es mitad pobre y mitad rico, que ha generado y genera resentimientos alimentados largamente en las almas, violencia y venganza.

Se exige más paridad, más solidaridad, sobre todo una distribución más equilibrada de los bienes.

Pero como sabemos, los bienes no se mueven solos, no caminan por sí mismos. Deben moverse los corazones, deben ponerse en comunión los corazones.

Y para esto hace falta difundir entre la mayor cantidad posible de personas la idea y la práctica de la fraternidad, y considerando la magnitud del problema, de una fraternidad universal. Los hermanos saben pensar en los hermanos, saben cómo ayudarlos, saben compartir lo que poseen.

Para responder a este desafío sin precedentes, la contribución de las religiones es decisiva.

¿De quién, si no es de las grandes tradiciones religiosas, podría partir esa estrategia de la fraternidad que es capaz de provocar un vuelco total incluso en las relaciones internacionales?

Los enormes recursos espirituales y morales, la contribución de ideales, de aspiraciones a la justicia, el compromiso en favor de los más necesitados, junto a todo el peso político de millones de creyentes, que nacen del sentimiento religioso, convocados en el campo de las relaciones humanas, podrían traducirse sin duda en acciones capaces de influir positivamente en el orden internacional.

---

<sup>5</sup> Juan Pablo II, *Discurso a los representantes de las distintas religiones del mundo*, Asís, 24 de enero de 2002



Ya se está haciendo mucho en el campo de la solidaridad internacional, de parte de organizaciones no gubernamentales. Lo que falta es que los Estados hagan suyas esas elecciones políticas y económicas que son adecuadas para la construcción de una comunidad fraterna de pueblos comprometida en realizar la justicia.

Porque frente a una estrategia de muerte y de odio, la única respuesta válida es construir la paz en la justicia. Pero sin fraternidad no hay paz. Solamente la fraternidad entre individuos y pueblos puede asegurar un futuro de convivencia pacífica.

Por otra parte la fraternidad universal y la paz que de ella deriva no son ideas de hoy. Han estado presente muchas veces en la mente de espíritus grandes porque *“el proyecto de Dios para la humanidad es la fraternidad, y el amor fraterno está inscrito en el corazón de cada ser humano”*.

*“La regla de oro – decía el Mahatma Gandhi - es ser amigos del mundo y considerar ‘una’ a toda la familia humana”<sup>6</sup>.*

Y Martin Luther King: *“Mi sueño es que un día los hombres (...) se den cuenta de que han sido creados para vivir juntos como hermanos (...); (y) que la fraternidad (...) sea prioritaria en la jornada de un hombre de negocios, y la palabra de orden del hombre de gobierno”<sup>7</sup>.*

A pesar de las destrucciones, puede surgir también de los escombros del terrorismo esa gran, antigua verdad que nos es tan querida: que todos sobre la tierra somos una única, gran familia.

Y quien ha indicado y traído esta verdad como un don esencial a la humanidad ha sido – como hemos visto – Jesús, que antes de morir oró así: *“Padre, que todos sean uno” (Jn. 17,21).*

Señoras y señores,  
hermanos y hermanas,  
queridos amigos,

Nuestra experiencia nos dice que para quien se dispone hoy a mover las montañas del odio y de la violencia, la tarea es gigantesca. Pero lo que es imposible a millones de hombres aislados y divididos, se hace posible a personas que han hecho del amor mutuo, de la comprensión recíproca, el motor esencial de la propia vida.

Y todo esto tiene un porqué, una clave secreta, un nombre. Cuando empezamos a dialogar entre nosotros de distintas religiones, es decir, cuando nos abrimos unos a otros en el diálogo hecho de benevolencia humana, de estima recíproca, de respeto, de misericordia, nos abrimos también a Dios y *“hacemos de modo tal*

---

<sup>6</sup> *En buena compañía, de Claudio Mantovano, Roma, 2001, p.11*

<sup>7</sup> *M.Luther King, discurso durante una manifestación interracial, Washington, agosto de 1963*



– son palabras de Juan Pablo II – *que Dios esté presente en medio de nosotros*<sup>8</sup>.

Este es el gran fruto de nuestro amor recíproco y la fuerza secreta que da energía y éxito a nuestros esfuerzos por llevar a todas partes la unidad y la fraternidad universal. Es lo que el Evangelio anuncia a los cristianos cuando dice que si dos o más personas se unen en el amor verdadero, Cristo mismo está presente entre ellas, y por lo tanto en cada una de ellas.

¿Y qué garantía mejor de la presencia de Dios, qué posibilidad superior puede existir para aquellos que quieren ser instrumentos de fraternidad y de paz?

¿Qué futuro se puede esperar, entonces, de una sociedad multicultural, multiétnica, multireligiosa?

Es el de una humanidad – repetimos - integrada en una familia de hermanos y hermanas, que se aman bajo la mirada de un único Padre. O, para quien no lo conociera, en nombre de esa voz de la verdad que habla con fuerza en toda conciencia humana.

No hay otra alternativa, si no queremos correr el riesgo de ver precipitarse nuestro planeta en un mar de dificultades, de miedos, de odios, de guerras.

Si en cambio también hoy vivimos como nos hemos dicho, si nos amamos, no podremos dejar de suscitar amor a nuestro alrededor, y muchos, de razas, culturas y religiones diferentes nos seguirán. Entonces no estará lejos el día en que el amor recíproco florezca también entre los pueblos.

¿Utopía? No: es el deseo máspreciado de Dios, es el Testamento de Jesús que se convertirá en realidad. Si Él, el Hijo de Dios, ha pedido al Padre la unidad de todos, esta oración no podrá dejar de ser escuchada.

---

<sup>8</sup> Juan Pablo II en Madras, *El diálogo interreligioso en el magisterio pontificio*